

Ochenta Años de Vida Sobre la Tierra

Por EDGARDO GARRIDO MERINO

Con algo de inquietud en el espíritu y también con inevitable fútil modestia me voy en la obligación íntima de consagrar a mis lectores una serie que, a pesar de pertenecer a un orden privado, necesito divulgar. El día primero de este mes, lucroso para el calendario de nuestros sentimientos, he cumplido ochenta años de existencia. No es dicha cifra que me inclina a la meditación, antes de interés para los que están haciendo camino al andar, como nos dice el muy caudaloso poeta Antonio Machado, pero el para quien, como ya, experimenta la sensación moral y física de haber ascendido a una cúspide del tiempo, que invita a situarnos al borde del sendero en actitud de breve reposo, abandonando temporalmente el proverbial huir de la vejez. Es cuando el coque de la pilaónica griega nos presta, justo al cayado rústico o del bastón ciudadano, el complemento de una idea: punto de apoyo para nuestra experiencia ya lograda. Es una bella extraña para nuestros libros, porque está formada por valores aditivos, es decir, por la oleoductos de las horas felices y por las amarguras de los momentos dominados.

Ochenta años no causan asombro al observador en cubeta ajena, pero para quien los cumple son demandados porque antes estos lustros, en que hemos sido testigos de la vida en curso, han adquirido ante la conciencia los contornos de una batalla heroica. Se vive en las guarderías del pasado y desorientados siglo XIX, se entra en esta incongruente centuria, llamada de las lúas, aunque con inconfundibles pulso de sombra, y se renuncia a la observación del tiempo que transcurre agitando nuestras ideas en un mundo que otros progresos científicos pero que destruye la fe y el valor (apropiados de tristes y malos tradiciones, anárquicos además con un año que mil que está impregnado de profetas lapidarios. Por lo tanto, ya a punto de cumplir tres cuartos de siglo, el camino a seguir no puede ser venturoso. Los ochenta años, que presencian blanco de nieve en los cabellos, carga sobre los hombros y llegamos al andar, son testimonio de que hemos vivido la vida presenciando el desfile de los años que conforman el panorama de la historia.

El cronista ha viajado y todos sus caminos de peregrino tuvieron por finalidad conocer almas y paisajes. Sus años de escritor le hicieron llevar en su dentro el espejo de que hablaba Rimbaud con el que han de acompañarse nuestros pasos para reflexionar en su línea aurea los múltiples aspectos del mundo y los convertidos carac-

teres humanos. En nuestra época no está dando mucha importancia a la edad de los seres, lo que compensa una preocupación de los sociólogos la lucha vital y apartada de lo ejemplar que se desprende de la convivencia alterada entre las dos generaciones capitales de la humanidad, ancianos y jóvenes, o sea, la experiencia decaída frente a la improvisación audaz. El mundo está viejo y la evolución de las ideas, a ejemplo de una ciencia tecnológica, se encuentra indolente de modorra y desdén al espíritu de una humanidad, que en aras de un progreso materialista ha ido poblando el mundo de individuos que, si no son agnósticos en su gran mayoría, viven desorientados en medio de vacilaciones e incertidumbres. Dicen que muchos serían perdidos el dím de sus embarcaciones con el peligro de los juveniles escollos hasta caer en las aguas turbulentas de un naufragio. Se habla, con voces de alarma, de una población excesivamente procreada y de que la tierra, convertida en madroña, no tendrá fecundidad suficiente para calmar el hambre de las futuras aglomeraciones humanas. La civilización comenzó cuando el hombre autró su inventiva creadora en las leyes propias de la naturaleza, pero su mismo destino puede conducir a un fracaso si es que prosigue mecanizando todo. Y como si se intentara destruir toda concordia, las dos generaciones, jóvenes y ancianos, se miran con desconfianza y recelo. Los hombres viejos no se creen depositarios del pasado absoluto, pues tendrían que desaparecer del escenario de la vida cediendo sitio a la juventud en marcha, pero se reservan, por razón de sus ideales, el derecho de respetar el pasado que les pertenece y que ha sido el fundamento de su nacionalidad. No debe fomentarse una pugna entre las generaciones, pues ambas están repidas inconscientemente por el tiempo. El arte de convivir, de mantener armonioso equilibrio como en una comprensión atractiva: los jóvenes, aproximándose a padres, hermanos mayores y maestros para adquirir la madurez que les falta, aunque el ritmo la sañ, y los ya enfocados en los combates del vivir, entregándose a depositar el gesto adesto y la palabra severa, manteniéndose así una alegría mesurada que exprese su gratitud de seguir viviendo.

Como caballero adusto, quise sin ruda ni escudo, conservar en el registro de mi memoria muchos recuerdos que estoy compilando para que se sumen en el olvido. La ancianidad tiene como peculiaridad las remembranzas de las horas pasadas. Para dejarlas vivas, desahogando la in-

diferencia y la misma que el tiempo lleva consigo, todo hombre que piensa y renueva sus emociones preteritas, sea escritas o no lo sea, procura dejar a modo de testamento algún libro, alguna página o cartas que le permitan contar, hecha la cuenta, su propia historia.

Hace años, en el Ateneo de Madrid, un novelista y académico de singular simpatía, me obsequió su último libro. Era D. Emilio Gutiérrez Cárter, anciano de distinguida presencia, elegante en figura y atuendo. Acababa de cumplir la cifra cumbre y el libro que me obsequiaba iba por título "Mis primeros ochenta años", título que reflejaba una verdadera austeridad española. Ahora está muy en boca llevarlos la cuenta de los años a todos los que se encuentran a ser longevos, claro que ésto no reza con las damas, cuya edad suele ser siempre un secreto de tocador. En mi pequeña biblioteca de Estampa hay, entre otros dos libros del sabio his- tórico Ramón y Cajal, una ingeniosa impresión propia de un humanista de su extraordinario tiempo. Titulábase "El mundo visto a los ochenta años". Lo publicó en 1932, sobreviviendo dos años más.

Lo conocí y traté a varios longevos ilustres. Pablo Picasso, en París, al que visité con Vicente Illudro a comienzos de 1938. El celebre malagueño disfrutaba ya de alto recuerdo. Era persona de estampa rotunda y de carácter desenvuelto. Volví a verlo en Barcelona, años más tarde, pero ya en vías de la ancianidad. Alcanzó más de los noventa años, pero no superó al Jiriano que vivió una centuria, y en ello no agregó ironía. Otro espectador del siglo, D. Ramón Menéndez Pidal, el celebrado polígrafo. Director de la Real Academia de la Lengua, quien me inició en mis estudios medievales, hacía en su residencia, recoleta, y sencilla de árabe, en Chamartín de la Rosa, y en ella se dedicó a sus investigaciones históricolinguísticas, llegando a vivir casi una centuria. No pudo proscribir, tampoco, de Aozón, suave, circunspecto, morigerado en su tono menor, que logró vivir más de noventa años sin saber ni de dím de sus investigaciones históricolinguísticas, llegando a vivir casi una centuria. No pudo proscribir, tampoco, de Aozón, suave, circunspecto, morigerado en su tono menor, que logró vivir más de noventa años sin saber ni de dím de sus investigaciones históricolinguísticas, llegando a vivir casi una centuria. No pudo proscribir, tampoco, de Aozón, suave, circunspecto, morigerado en su tono menor, que logró vivir más de noventa años sin saber ni de dím de sus investigaciones históricolinguísticas, llegando a vivir casi una centuria.

Aquí en Chile, D. Ramón Subercaseaux, ya cumplidos sus ochenta años, nos legó un libro de memorias ricas en coloridos recuerdos, muy propio de un ilustre aristócrata que cultivó el arte o la ciencia de grandes museos y pinacotecas. Ligo en la línea del distinguido diplomático que se entregó a su hijo, el esclarecido monje Pedro, su fervor por la vida pública, otra que,



Edgardo Garrido Merino.

como "Recuerdos del pasado" de nuestro clásico Vicente Pérez Rosales debe entenderse como un reflejo de nuestra sociedad de ahora. Cuando los ochenta años llegan con gloria, se da el caso reciente de dos escritores célebres: Pauli Bucher que vivió en Aza y nos dejó "Mujeres sin cielo" y "Las Serenades del Desierto" y Agatha Christie que al cumplir el ochenta y el cinco los muy celebrados por todos los ingleses, ya íntos a de ultramar, sin poder reparar a sus muchas novelas delictivas.

He de escribir unas memorias, si la Providencia me las presta en resta de vida, pero en algunos casos imitaré a Chateaubriand que escribió sus famosas "Memorias de ultratumba". ¿Quién va a estar preocupado, en el otro mundo, de la corrección de las pruebas de imprenta, de la opinión de los críticos y de las cuentas del editor? No faltaba más. Preferiré llevar algunos libros de Simone de Beauvoir que se ha hecho muestra en novelas de geriatría.

No olvidaré ya en el andén del último viaje, el grito de los legionarios en guerra: ¡Viva la muerte!, grito que respondió a la coronación de una extinción. Exclamación ajadadamente anárquica, pero veraz en su esencia, pues la vida que nos será quitada tendrá por recompensa un inagotable caudal de monedas eternas.

Amado Nerio, amigo de emotivas serenatas, acéntala su consecuencia diciendo: "Cuando planté rosales creché siempre rosas". Y después de afirmar que fue el arquitecto de su propia vida lemitado así uno de sus poemas: "Amé, mi amigo, el sol acariciado por el sol", "Vida, nada me debes". "Vida estabas en paz". Y en a fuer de buen cristiano, luego más las palabras del gran poeta y pose a la sombra de lironea que trae consigo a nuestro ánimo el día de Todas las Santas he contemplado el cielo en ojos de esperanza cuando apagaré el sol, que nos deja, cada día, la promesa de un alma nueva. Y así el entrando en la etapa final, cuando la vida se enciende en un poco ignota donde se disuermen las últimas estrellas...

Ochenta años de vida sobre la tierra [artículo] Edgardo Garrido Merino.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garrido Merino, Edgardo, 1888-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ochenta años de vida sobre la tierra [artículo] Edgardo Garrido Merino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)